

## Lucas 15:1-10

Sermón Luc. 15:1-10 Pent 17 2013 Exo 32:7-14; 1 Tim. 1:12-17

“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: —Este recibe a los pecadores y come con ellos. Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: «¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, y al llegar a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento. »¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido”. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente».” (Lucas 15.1–10, RVR95BTO)

Imagine que está en un lugar con mucha gente en constante movimiento. Tiene a su hijito pequeño con usted. Hay una pequeña distracción, y de repente mira alrededor, y ¡no está su hijito! ¡Cuánto pánico! ¡Cuánta acción frenética al ponerse a buscar por todos lados hasta encontrar al hijo perdido! ¿Por qué? Porque no hay nada de más valor para usted que su hijo. Está desesperado hasta que lo encuentre.

O considere el caso que mencionó un comentarista sobre este texto. Él era un niño pequeño. Su madre había llevado a él y sus hermanos a un parque en donde jugaron y se divertieron. Cuando llegó el tiempo de ir, entrando en el auto, su madre se fijó que no estaba en su dedo su anillo de compromiso. Trató de pensar en dónde lo había visto la última vez. Recordaba que fue por el subibaja, así que corrió otra vez allí y llorando y sollozando su puso de rodillas para mover toda la arena alrededor para ver si se haya quedado allí. Para ella, ese objeto era de tremendo valor no sólo material, sino también sentimental.

Las tres parábolas que Jesús cuenta en el capítulo 15 del Evangelio de San Lucas hablan de cosas perdidas y encontradas. Se tratan de una oveja perdida, una moneda de plata perdida, y un hijo perdido. Todas revelan el gran valor de la cosa perdida para la persona que busca recuperar lo perdido, y por tanto los esfuerzos por recuperar lo perdido en las primeras dos parábolas, y el gran gozo cuando se halla lo perdido en los tres casos. Nuestro texto esta mañana son las primeras dos de estas historias, la de la oveja perdida y encontrada, y de la moneda perdida y encontrada. En el sermón nos concentraremos en la primera parábola. Nuestro tema será, Dios mismo busca y se regocija por cada pecador que se arrepiente.

El texto comienza con la situación que llevó a Jesús a contar estas historias. “Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: —Este recibe a los pecadores y come con ellos”.

Jesús definió su misión y ministerio en estas palabras en el Evangelio de Lucas. “porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc 19:10). Al hacerlo reflejaba la actitud de su Padre celestial, de quien se dice en el Evangelio de Juan, “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3.16). Ahora estaba cumpliendo esa misión que reflejaba la preocupación amorosa de su Padre celestial. Llamaba a los pecadores al arrepentimiento. Había llamado a Leví o Mateo, un publicano o cobrador de impuestos, para ser un discípulo suyo. Esto era una acción de pura gracia, ya que los publicanos eran considerados avaros y además traidores por cooperar con las autoridades romanas en la recaudación de impuestos de los demás judíos. Los autonometrados guardianes de la religión y la moral entre los judíos rehusaban asociarse con tales “pecadores”. Ahora aquí estaba Jesús, que se representaba como un maestro religioso, y compartía la mesa con muchos de esos “publicanos y pecadores”. Los fariseos y escribas lo consideraban una vergüenza, y eso motivaba el comentario despectivo de los fariseos y los escribas de que “Éste recibe a los pecadores y come con ellos”. Para ellos, fue otra prueba definitiva de que Jesús no representaba a Dios, que era un charlatán, y un enemigo de su religión.

Fue entonces que Jesús contó estas parábolas, ilustrando que lo que él hacía era reflexión de la voluntad amorosa del Padre, que

busca precisamente que pecadores se arrepientan y vuelvan a su Padre celestial y sean salvos. Que esto de Jesús de recibir a los pecadores, de conversar con ellos cuando con arrepentimiento venían para escucharlo, era precisamente la voluntad del Padre, y que lo que de parte de los judíos lo querían como un ataque contra Jesús, en realidad es el más hermoso resumen de su evangelio, de su misión salvadora.

Porque notemos, no estaba recibéndolos porque aprobaba su pecado. No fue porque fue indiferente a las ofensas contra la ley de Dios. Vino para llamar a los pecadores al arrepentimiento. Y el gozo que describe en el cielo entre Dios y los ángeles al final de contar cada una de estas parábolas era gozo sobre cada pecador que se arrepentía. Los recibió y se sentó a la mesa con ellos para hablarles, para enseñarles, para animarles en su vida de arrepentimiento como pecadores restaurados por él y su obra a la comunión con el Padre celestial.

La primera de las parábolas de Jesús retrata a un pastor que ha perdido una de sus ovejas. “¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, y al llegar a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: ‘Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido’”.

Jesús usa el ejemplo de un pastor, que en sí aparte de ser un oficio común en ese tiempo, era también un oficio despreciado por los fariseos y escribas por su dificultad en guardar algunos de sus preceptos. Ese pastor tiene cuidado de cada una de sus ovejas. No es cosa trivial cuando al final del día cuenta sus ovejas y descubre que falta una. Sabe los peligros que enfrenta, la muerte miserable que sufrirá si se deja vagar por el campo sola, y va para buscarla hasta encontrarla. Se nota también que en vez de pegar con una vara y gritar a la oveja perdida, la levanta y la pone sobre sus hombros y la lleva al redil. Luego convoca a sus amigos y vecinos para hacer fiesta. “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”.

Jesús al comparar su obra y la de su Padre con este pastor que no espera que la oveja perdida encuentre su camino para volver a él, sino hace el esfuerzo de salir a buscarla, refleja una de las imágenes que el mismo Antiguo Testamento usó. En Ezequiel 34 leemos: “Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: «Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a

los pastores: “Así ha dicho Jehová, el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿Acaso los pastores no apacientan a los rebaños? Os alimentáis con la leche de las ovejas, os vestís con su lana y degolláis a la engordada, pero no las apacentáis. No fortalecisteis a las débiles ni curasteis a la enferma; no vendasteis la perniquebrada ni volvisteis al redil a la descarriada ni buscasteis a la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia. Andan errantes por falta de pastor y son presa de todas las fieras del campo. ¡Se han dispersado! Han andado perdidas mis ovejas por todos los montes y en todo collado alto. Por toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas y no hubo quien las buscara ni quien preguntara por ellas” (Ezequiel 34.1–6). “»Porque así ha dicho Jehová, el Señor: Yo, yo mismo, iré a buscar a mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré yo a mis ovejas y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad. Yo las sacaré de los pueblos y las juntaré de los países; las traeré a su propio país y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas y en todos los lugares habitados del país. En buenos pastos las apacentaré y en los altos montes de Israel estará su pastizal; allí dormirán en buen redil y con pastos suculentos serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas y les daré aprisco, dice Jehová, el Señor. Yo buscaré a la perdida y haré volver al redil a la descarriada, vendaré la perniquebrada y fortaleceré a la débil; pero a la engordada y a la fuerte destruiré: las apacentaré con justicia” (Ezequiel 34.11–16).

¿Y cómo buscará Jehová mismo sus ovejas perdidas? “Yo levantaré sobre ellas a un pastor que las apaciente: mi siervo David. Él las apacentará, pues será su pastor. Yo, Jehová, seré el Dios de ellos, y mi siervo David, en medio de ellos, será su gobernante. Yo, Jehová, he hablado” (Ezequiel 34.23–24). ¿Se dan cuenta? Eso es precisamente lo que estaba sucediendo aquí. David, el gran Hijo de David que es al mismo tiempo Jehová, el Señor de David, el que se identificó como el Buen Pastor, ha venido a buscar y salvar a las ovejas perdidas. Lo estaba haciendo recibiendo y comiendo con esos publicanos y pecadores. Ellos venían a escucharlo. Su mensaje de arrepentimiento, pero también del perdón de los pecados, fue un mensaje de esperanza para ellos que la sociedad en general daba por irremisiblemente perdidos. Al mismo tiempo, los fariseos y los escribas sólo venían para criticar, y no tenían nada para

ofrecer a los que veían como los pecadores. Esta comida, en donde Jesús hablaba ya a los pecadores acerca del perdón y la salvación eterna, fue un gusto anticipado de la gran fiesta celestial en que ellos participarían.

¿Y qué dice Jesús de todo esto? “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. Sí, gozo. Gozo en el cielo. El mismo Padre celestial y todos sus santos ángeles se regocijan por cada pecador que se arrepiente. ¿No nos uniremos entonces a este gozo, y unirnos al esfuerzo del Buen Pastor en buscar a las ovejas perdidas y llamarlas al arrepentimiento? No seamos como los escribas y fariseos, que pensando que no tenían necesidad de arrepentimiento, no vieron que tendría caso ayudar a pecadores a encontrar el camino. Nosotros sabemos que somos pecadores que podemos vivir sólo por gracia. ¿Entonces por qué no también buscar otras ovejas perdidas y mostrarles la gracia y el amor del Buen Pastor que les invita a arrepentirse del pecado y creer en el perdón que él les gana por su cruz que sufrió entregando su vida por las ovejas? Amén.